

PALABRA FINAL

Sobrecogidos por el Amor

La oración del ejercitante, a lo largo de la Primera Semana, va desde el pecado de los demás al pecado propio. Pero a menudo se ve impedido – por confusión, penitencia y gratitud – de recibir la gracia de conocer lo que realmente es el pecado.

Muy probablemente los ejercitantes que hacían la Primera Semana en tiempos del Maestro Ignacio enfrentaban dificultades semejantes a las que afrontan en nuestro presente. En ese tiempo sentían el peso de los ataques a la ortodoxia, de un liderazgo religioso vacilante, y de los contrastes culturales con mundos nuevos. Hoy, en el oeste y en la cultura global, los ejercitantes sienten el peso de esas inmensas limitaciones humanas que en forma sintética llamamos individualismo y consumismo. Aún los ejercitantes que “trabajan por alcanzar” [EE 11] la gracia de la Primera Semana se encuentran limitados a tres distintos niveles en su comprensión del pecado.

El primer límite puede ser reconocido inmediatamente por todos: sólo logramos un sentido superficial de culpa personal y de vergüenza.

El segundo límite es igualmente conocido, pero más sutil: nos cuesta reconocer cómo hemos llegado a pecar. Nos confunde nuestra valoración de la psicología profunda y de los condicionamientos culturales. Llegamos a pensar que esos prejuicios, cegueras y adicciones que nos llevan a pecar, sólo son de origen psicológico o sociológico. En tiempos pasados la Iglesia los consideraba como venenosos residuos del Pecado Original. Y la escritura está llena de reflexiones sobre esta “ley del pecado que está en mis miembros” (Rom 7:23). Es el pecado en mí.

El tercer nivel de obstáculos es la dificultad para percibir la presencia del pecado rodeando al ejercitante de hoy. Este pecado en el mundo es una fuerza cósmica que todas las culturas personifican como el Mal. El Libro de Job lo personifica como el Demonio, y San Juan lo llama el Mentiroso o padre de la mentira (Jn 8:44).

Muchos de los que hacen Ejercicios parecen tener poca experiencia de la fuerza enorme del mal. En tiempos de Ignacio se lo sentía profundamente. ¿Y nosotros, por qué no? Entre la gente con buena educación se piensa que la naturaleza es maravillosamente ordenada en su evolución, y concuerdan en esto con la ciencia. Aún los que han recibido menos educación perciben ese orden. Somos testigos de sobrecogedoras bellezas de la naturaleza – que van hasta las nebulosas en el origen de los tiempos. Estos últimos siglos la humanidad ha visto la posibilidad de controlar a la naturaleza: al átomo por la ciencia, al bienestar humano por la tecnología, al desarrollo social y económico por las democracias. La fascinación de estos logros humanos nos hace proclives a ser optimistas acerca de la bondad humana. Nos cuesta creer que quizá nunca resolvamos los problemas del hambre y del odio, del rencor

PALABRA FINAL

y la violencia. ¿Es que hay algo que supere nuestra capacidad de control?

La explosiva llegada del terrorismo, obstinado, inteligente y perverso ha puesto fin a nuestro optimismo. Ahora debemos enfrentarnos a la terrible verdad de la Primera Semana: el pecado marca y daña al mundo entero, como lo haría un virus incontrolable. El Mal está fuera de nuestro dominio.

Hay pecado en el mundo, pecado en mi, y pues mi propio pecado. Es la fuerza cósmica del pecado en el mundo la que llevó hasta la cruz a Jesús de Nazaret, el Santo. Pero se levantó lleno de vida, para derrotar al pecado en el mundo y vencerlo en cada uno de nosotros. Al estar junto a Su cruz yo sé que mi propio pecado—mi consentimiento al pecado en mi y mi complicidad con el pecado en el mundo—tiene inmensas consecuencias. Caigo en la cuenta de ello al estar junto a Su cruz. Y puedo proclamar que contra el pecado la única vacuna, el único antibiótico, es el amor de Jesús, el Cristo. Nada más puede salvarnos.